

COCOLIXTLE

(Epidemia)

México

Luis Alfonso Alba Correa y Cuéllar

*“Dicen que Quetzalcóatl fue quien creó
el mundo y lo llaman Dios del viento,
porque dicen que Tonacatecutli
cuando le pareció bien,
sopló y nació así Quetzalcóatl”*

Leyenda del Quinto Sol

Ese día llovizó en la tarde.

Tonatiuh había brillado todo el día, pero de repente, las nubes cubrieron el llano.

Su lento y calmoso sopor de brizna, que no moja pero cubre de agua, se sentía en el aire... bajando sigilosamente sobre el llano, con bendición celestial, recompensando con sus lágrimas de acuosidad los sacrificios de los hombres, los llantos de sus niños y la sangre de sus recipientes. Y las miles de gotas de agua que tocan el suelo, se levantan en burbujas cristalinas y caminan en formación guerrera, uniformes, idénticas y tan diferentes, cantando al golpear la roca, una tras otra... hasta llegar al borde donde saltarán en perfecta eucaristía para formar un arroyuelo, un río, un charco, un lago... un mar. Y así, el dios del agua, el dador de vida, nos deleita con sus cantos triquiteros y nos baña con su refrescante brizna.

Pero tampoco es difícil saber cuando *Tláloc* está enojado, siempre nos lo hace saber con una pequeña llovizna, que luego se va convirtiendo en rayos y truenos para dejar los campos completamente mojados y las lagunas rebosantes.

Y aún así, los dioses no son del todo excrebables...

...y para criar al dios y diosa del agua se juntaron todos los cuatro dioses y así hicieron a Tlalocatecutli y a su mujer Chálchiuhtlicue, a los cuales criaron por dioses del agua y a éstos se pedía cuanto tenían de ella necesidad: del cual dios del agua dicen que tiene su aposento de cuatro cuartos, y en medio de un gran patio están cuatro barreños grandes de agua: la una agua es muy buena, y de esta llueve cuando se crían los panes y semillas y envidiado en buen tiempo: otra es mala, cuando llueve y con agua se crían telarañas en los panes, y se añublan; otra es cuando llueve y se hielan; y éste dios del agua para llover crió muchos ministros pequeños de cuerpo, los cuales están en los cuartos de la dicha casa, y tienen alcancías en que toman el agua de aquellos barreñones y unos palos en la otra mano, y cuando el dios del agua les manda que vayan a regar algunos términos, toman sus alcancías y palos, y riegan del agua que se les manda, y cuando atruena es cuando quiebran las alcancías con los palos, y cuando viene el rayo es de lo que tenían dentro o parte de la alcancía...

El olor y el repiquetear de la lluvia, que creaba centellas de luz sobre las piedras, empezaban a distinguir sus olores y sus sonidos de tierra mojada y campo húmedo. Se podía sentir que la nubarrada sería ligera y que sólo serviría para alegrar el extenso vacío de la llanura... tenue, y olorosa a linfa fresca empezaba lentamente a sentirse la llovizna. Empecé a levantarme para buscar un recipiente de barro y guardar un poco de esa agua - a la abuela le gustaría tomarla cuando llegara del tianguis después de haber sudado parte de su vida ante el comal de la comida - .

Apenas si habían empezado a caer las primeras bendiciones de *Tláloc*, cuando llegaron unos hombres y me sacaron de la casa, como era mi deber, no dije ni pregunté nada. Quise coger algo con que taparme, pero no me dejaron, por el contrario, me quitaron lo que traía puesto y lo tiraron al centro

del aposento. Uno de ellos, se abrió paso de entre los demás, y sus ojos brillaron en forma triste al ver el jacalón y las nebulosas de mis pupilas que miraban asustadas sin saber que pasaba.

Apartando su mirada, tomó un tizón del *tlecuil* y lo tiró sobre el petate. A pesar de la lluvia, no tardaron mucho en arder aquellas paredes de carrizo y hojas de maguey secas. No dije nada solo me quedé mirando... esperando a que la abuela llegara... ella sabría que hacer; pero no llegó.

Los hombres elevaban sus preces a los dioses mientras veían la choza que ardía junto con todos los utensilios de cocina de la abuela, y sus comidas; que entre el fuego parecían adquirir sabor con sus olores. El humo del *aji* no permitía respirar y hacía llorar los ojos, el maíz saltaba y las carnes ardían prendiendo del olor de sus grasas, por último, los hombres se quitaron las ropas y las tiraron al fuego, mientras su desnudez, hacía que el color de sus cuerpos bronceados y mojados brillaran como oro oscuro que aún no ve la luz del día.

El llano se había sumergido súbitamente en una calma total, sólo las brasas ardían, y se apagaban a las gotas de la llovizna semejando carbones de un comal encendido que ha terminado su ocupación del día. Las estrellas empezaban a salir en el firmamento, y los chispazos fugaces del vacío que muere, se paseaban por encima de la choza. Todas aquellas brasas se veían infecundas ante el firmamento eterno y la presencia de la vía de estrellas, que en río de leche corría en el azul oscuro de la noche. Mis ojos se fueron acostumbrando a la sombra y a la obscuridad, no absoluta aún, el resplandor de la luna le daba brillo al llano, y a lo lejos allá en la noche clara se escuchaban los perros salvajes gritándole su canción de aullidos lastimeros.

Cuando terminó de arder todo aquello, sólo quedaron el molcajete y el comal que la abuela había usado por muchos años allá en el *tianguis*.

Después de juntar las mojadas cenizas, y enterrarlas, nuevamente y sin decir palabra, empezaron a caminar delante de mí, con una manera muy peculiar de andar, sin rodeos, sin prisas y guiándose entre los nopales y ramas de llano. Uno de ellos, el más anciano, iba delante de todos, con un paso firme, invencible a la fatiga del andar. Ese andar, que sólo los viejos parecen obtener con el paso de los años... taimado, lento y seguro, con firmeza y seguridad del terreno que se pisa. Con respecto, con cariño de pisar la tierra por el tiempo que le ha dado todo su paso de existencia. El andar muy lento, sin mirar arriba del hombro, sin fijar la mirada más allá de donde se extiende el ojo que ya casi no ve. El anciano daba su paso entre penumbra de un cerebro y de una conciencia doctrinal; de un pasado que camina en forma sutil y casi torpe, cuando en realidad hay prisa por llegar y sentarse a desahogar el bulto del cuerpo mientras el alma urge seguir caminando...si deja de caminar, se alcanza, y si se alcanza a sí mismo; muere. Mientras todos nos esforzábamos a seguir su trote y ya casi al amanecer, llegamos a Pechititán, allí me dieron con que taparme.

Algo me decía que había llegado a un lugar antes visto, antes vivido, antes mío. La sensación de sentir que uno ha vivido en algo en otro tiempo, en otra etapa y en otra existencia, se hizo latente en el bulido de mi sangre y mi corazón palpité en forma extraña.

La noche, oscureció aun más el cielo:

el más anciano se acercó y me miró callado. No había fatiga en su cuerpo y sus ojos denotaban su falta de ajeteo. Estaba parado frente a mí, viéndome, mudo de palabra y hablando con los ojos distinguibles en la obscuridad de manera radiante...la mirada de un animal felino que roba los destellos de la luna en una noche oscura. Sentí en su mirada el sopor de la quietud y la ternura de los años...la compasión de un ser que sufre por otro, o se preocupa de su sufrimiento. Había en su faz la mirada de la paz que no viene con el silencio de una noche vacía en un llano abierto y, sin embargo, no había miedos, temores ni dudas de que, repentinamente, saltarían su verdadera forma humana en cualquier momento, porque yo había visto esa asechanza años atrás en algún lugar, sus ojos me eran familiares; su silencio aún más.

“bienvenido a casa, mi pequeño caminante”, dijeron sus palabras, y al igual que ellas; se perdió en la noche.

Me quedé dormido pensando en todo aquello; los hombres, las armas, los olores, la llanura, la luna, los aullidos de los perros, la abuela, el viejo, el lugar que tan allegado se sentía...así llegaron el despertar y el día, y pregunté por la abuela...sólo me dijeron una palabra que había escuchado antes *cocolixtle*.

*En los caminos yacen dorados rotos,
los cabellos están esparcidos.
Destechadas están las casas,
enrojecidos tiene sus muros.
Gusanos pululan por calles y plazas,
y en las paredes están salpicados los sesos.
Rojas están las aguas, están como teñidas,
y cuando las bebimos,
es como si bebiéramos agua de salitre.
Golpeábamos, en tanto los muros de adobe,
y era nuestra herencia una red de agujeros.
Con los escudos fue su resguardo,
pero ni con los escudos
puede ser sostenida su soledad...*

Tlatelolco 1528

CE ÁCATL a 1563

*Cuéntase...
que habiendo bebido el suave neutle se
emborrachó y cometió actos bochornosos,
después de lo cual decidió marcharse para siempre tomando
el rumbo del Mar de las Turquesas.
En un suicidio ceremonial al cual le acompañaban cuatro grupos de sus tres mancebos;
sus discípulos, y se hundió para siempre, renaciendo como
la estrella de la Mañana...y adoptando
el nombre de *Quetzalcóatl*,
que quiere decir serpiente emplumada o serpiente de plumaje hermoso....
Lo esperamos; regresar.*

La abuela había llegado al llano de Teocaltiche en el último día del año de *Ce Ácatl*, cuando, el ausente dios *Quetzalcóatl* había surgido de *Chalchiuhcuyécatl* para crear a la nueva humanidad.

Así que, cómo él, tomó los huesos de sus muertos de las manos de *Mictlántecuhitli* y corrió; y con su hueso formándose dentro de su vientre, llegó hasta donde habitaban otros que al igual que ella, habían temido por la llegada del gran dios. El llano se extendía en todo su esplendor y color de tierra, virgen por miles de años. Nada había que no

hubiera existido antes de la creación, y con todo lo que el paradigma celestial había planeado se encontraba ese paraje del mundo. Los pastos verdes se presentaron ante los ojos de la cansada abuela que había llegado a sus orillas. Por días y noches, 13 soles y 12 lunas, había caminado sin descanso. No había porque descansar el cuerpo cuando el alma buscaba el espacio de acomodo. Y al verlo, y sentirlo, y respirado su aire de campo; se sentó en una piedra y descansó sus menesteres de viaje. Fue hasta entonces, cuando de sus ojos salieron las primeras lágrimas de su cuerpo, y por fin, sus labios partidos y mudos por el polvo del camino, se abrieron después de tanto tiempo y elevaron su primera oración de dolor a los dioses de su pueblo y a los amuletos de su alma.

Desde el principio de los tiempos, los dioses habían creado a la humanidad en diferentes épocas y por diferentes motivos; siempre destruyéndola por imperfecta...por no saber los humanos como respetar y alabar a sus creadores.

Todos los tiempos habían sido creados en un momento de soledad absoluta. Hasta el principio de la nulidad había tenido su comienzo en un momento de parte meteorológico. Nada se había escrito, porque no se sabía nada de ello. Lo oscuro no existía, no había el vacío y el sonido era mudo. Y de la nada surgió un ser divino: El cambio elemental del ser que no tenía existencia en un lugar no existente. *"Y de la nada salió el todo"*. Sólo los sentidos del recuento podían existir entre ese mundo sin materia. Y se contó el tiempo para empezar a expresar. El número de una página en el libro de la vida se inició en el 13, y cuatro veces más se repitió el ciclo y cuatro veces mas se volvió a repetir. Y desde entonces; cada cincuenta y dos se atan la gavillo de años y se guarda en el lugar de los recuerdos; algunos en el cajón de la alegría y otros; en el rincón de la tristeza.

En el viejo mundo, los sacerdotes hacían más solemne la ceremonia:

Se apagaba el fuego para volver a encenderlo, allá, en el Cerro Sagrado entre mantas y matorrales, entre espinas y nopales, y era entonces cuando se sabía si continuaría el mundo o no. pero para saber lo que los dioses deparan al mundo que subsiste, no hay fuego, no hay alegría y no hay llanto, sólo el destino que ellos deparan. Aquellos dioses que entre el deseo de ser humanos perdieron su dignidad divina, o que siendo divinos, buscaron entre los hombres la igualdad de una vida humana... con dolores verdaderos, con sentimientos, con deseos de hombre y no de un quídam jugando a ser dios, al final; los dos se unieron por el deseo de ser uno el otro y por siempre un solo ser.

Así que la abuela había dejado la gran Tenochtitlán, sus reyes y sus deidades y con ellos, pretendiendo, sus recuerdos...en la noche que el cerro de Iztapalapa brotó súbitamente una llama, allá donde una noble víctima estaba siendo sacrificada para convertirse en el altar palpitante sobre cuyo pecho, abierto y ensangrentado, se encendería el nuevo fuego. Miles de corazones habían latido con la esperanza de una vida nueva. Miles de manos y lenguas habían punzadas con espinas de maguey, salpicando luego el espacio oscuro hacia aquella lejana flama...hacia aquella sangre nueva.

Y en aquella, la más oscura de las noches, las primeras chispas del fuego nuevo salpicaron la cara del último sacerdote, y las pléyades pasaron por el meridiano...

...y una luz mucho mayor, una estrella, que fugaz pasaba, dejaba rastros de polvo en forma de llanto por lo que estaba por acontecer...

...y poco a poco y lentamente, la ciudad se encendió dispersando su luz en una línea de crepúsculo tembloroso, mientras la sangre de la primera víctima, la postrimería de la nueva humanidad, recibía la bendición de los dioses. El mundo de los antiguos había viajado, en unos cuantos segundos su largo caminar de siglos, de la vida a la muerte el paso había sido abrupto y un bautizo de sangre...

La antigua flama ardiente de un corazón que moría había entregado su último suspiro de 52 años de existencia. Moría para dar a luz a una nueva y palpante generación de seres que verían una nueva existencia en su mundo. Un cambio de muerte por vida, como esperma que se fecundaba entre la agonía de un ser, que le había expulsado en forma sacra para fecundar en el útero de un nuevo vientre.

Se mezclaba, sin saberlo aún, lo viejo y lo nuevo, lo oscuro con lo blanco, las tradiciones con las transformaciones, y un nuevo ser de luz resplandecía de entre las luces del firmamento. Y allá, a lo lejos, el ausente *Quetzalcóatl* surgía triunfante de la espuma, de entre las aguas de *Chalchiuhcuyécat*.

No importa donde se encuentre el principio ni el final del comienzo. Que importa donde la casualidad te encuentre cuando llega el momento de enfrentar el destino de toda una vida. Puede ser un palacio, una choza, un lugar cualquiera. Si te encuentras frente al destino, no te preocupes si lo sabrás reconocer, *él sabrá reconocerte*, y e acompañará desde ese mismo periquete, a u lado, como tu sombra, como tu sangre...hasta que sepas cual era el propósito de tu vida pasajera ante el mundo que hoy pisas. El agua y el viento son los mismos para los que de ellos viven y en ellos mueren, para unos; fuente de vida, para otros complemento de su muerte... por el agua se había ido el gran dios a remidir sus pecados mortales. Había llegado como dios a un mundo hambriento de dioses y aquí, en el mundo de sus creaciones, había aprendido el pecado de los hombres. Tan perfectos los había hecho, que ya sabían de su poder de dioses y sus capacidades de pecar. Se había dormido en el gran sueño, sin preocupaciones, sin dolores, sin remordimientos y sin saber que regresaría encarnado en otro ser. En un tiempo, había sido un dios justo y bueno, pero los hombres le habían enseñado su verdadera naturaleza divina, de muerte, de sacrificio...de dios, y ahora regresaba, de entre la espuma del gran *Chalchiuhcuyécat* para cobrar todas sus acciones pasadas... de lejos, ese dios se veía como ser todo bondad, todo amor, todo un padre, todo un dios...y de cerca, se veía como un ser al que hay que seguir viéndose de lejos...

...el mundo continuaría por otra gavilla de años.

“Los hombres nuevos, junto con Quetzalcóatl vdrán del oriente, porque la leyenda lo dice: Él se fue por el mar hacia el oriente, extendiendo sobre las aguas su manto, que al instante se transformó en una barca hecha de plumas y serpientes, en la que se embarcó y desapareció augurando su regreso. Estos hombres vendrán y traerán nuevas maneras de vivir, y no es probable que sean las de nosotros”...

Pensó sin voltear a ver las luces de la ciudad, que como un presagio le decían que no volteara, porque quedaría convertida en piedra...

...corre, corre, ...escapa... se repetía una y otra vez mientras se alejaba de Tenochtitlán...al tiempo que sus pies retomaban el camino de sus antepasados y, como un perro, que siempre regresa al lugar donde perdió alguno de sus miembros; una pata, la cola, así ella iniciaba el regreso al lugar de su comienzo. el mundo iniciaba otra gavilla de años...

Había prohijado otras ideas, otras costumbres y otros sueños, todo en demasía de un escape a su mundo anterior. Y ahora el fin del todo se sentía en el aire...”algo”, ese “*hasta cierto punto que se siente cuando un poco no se sabe*”, se hacía sentir en todo el mundo.

El ocaso estaba cerca y los seres cambiarían en algún momento, en cualquier menudencia, aunque el santiamén se midiera en siglos, después de todo, los dioses son eternos y solo mueren una vez, y una vez más, y al final...sólo una vez más por última vez. Pero cuando deciden morir, no se van al mundo de los más lejos solos. Va con ellos sus súbditos; también en el mundo de los muertos hay que rendirle culto a los dioses. También los dioses tenían a sus dioses muertos y sus sacrificios de entrega... o será que ¿ven a los humanos como dioses de sacrificio?

Pero la abuela no estaba, al momento, dispuesta a entregar su vida al vetusto dios. El hueso que dentro de ella crecía, le daba fuerzas para salir adelante, y con el coraje de madre, y dolor de mujer, seguía

caminando entre peñas y piedras:

la abuela, que había sido hija, ahora era madre. Madre de naturaleza india en todos y varios sentidos. No mestiza, aún no se había mezclado la sangre pura de mujer y hombre antiguo, orgulloso mexicano por opción y ancestro por derecho. La maternidad de mujer se había reflejado en inseparable; en la tierra, sembrando y colocando el fruto para verlo crecer, en el esposo al recibir el fruto líquido de un ser que poblaría y continuaría su tradición de sangre pura, indígena tal vez, pero pura. En los padres que, como ella, habían deseado ver el fruto de su unión, y de su deseo carnal, reflejado en un ser con ideas propias, tan inconfundibles como la misma unión de cuerpos. En los hermanos, que se veían unos a otros buscándose rasgos que reflejaran un algo parecido en sus caras, sus ademanes y sus sentimientos. Y en sus dioses, que habían sido paridos por todas las madres del mundo... on dolores, sangre uteral y cordones umbilicales depositados en los campos de batalla.

Y la madre había sido inseparable en la entrega de sangre y llanto. Una sangre blanca en forma de desconsuelo y otra roja con la castidad del llanto, igual que el atardecer que se perdía entre los callos del campo y las piedras del camino.

Con los enseres de mujer, de hembra de su hombre, cargados al hombro; ollas, jarros, un vestido, unas sales para el dolor y un recuerdo del abuelo, y con los sufrimientos del recato guardados en el alma (que pesaban mucho mas que todos los trebejos juntos) seguía mirando al frente, buscando la estrella que la guitarra en el camino, en dirección a su descanso final... lejos de aquel dios que ya llegaba.

Aún el jade se rompe,

Aún el oro se quiebra,

Aún el plumaje del quetzal se rasga...

¡No se vive para siempre en la tierra...

Sólo aquí en breve instante perduramos!

Netzahualcoyotl

Muchos presagios funestos del fin del mundo se presentaron en los tiempos que el gran señor *Moteczuhzoma* gobernó la tierra de los abuelos.

La piel del antiguo mundo se estaba cambiando. Como en aquellas ceremonias de la nueva cosecha. Delicadamente se estaba quitando la piel del hombre antiguo, que en su juventud, la dejaba al ser pelada de su cuerpo aún vivo. La piel sería colocada arrojante al nuevo sacerdote que la buscaba con ansia y con deseo mórbido. Se ajustaría a su cuerpo. Lo ahogaría, pero le daría a sus dioses la perseguida cosecha de una nueva tierra.

Una mañana, mientras *Tonatiuh* levantaba su manto al nuevo día, y la abuela preparaba sus canastos tejidos de paja, y aún crujientes, con la comida que serviría en el *tianguis* de Tlatelolco, el cielo se tiñó de rojo, como si estuviera encendido y presto a devorarse a los que despertaban al desconsuelo, o muerte, del nuevo día. La abuela que vivía en Tenayuca, la primera capital de sus ancestros pudo ver en el camino hacia el lago; gente salir de sus cuevas en el cerro del Tenayo y saltar las murallas del pueblo, todos pidiendo señales de aquella aurora que se mostraba como si estuviera el cielo sangrando... punzado por espinas de maguey en muestra de dolor por sus hijos mexicanos.

Y tomó sus enseres y se dirigió al lago...

La estrecha y ligerísima canoa, hendía, -cual flecha disparada por el arco de un guerrero tenocha... con las ondas negras del frío canal cercado de altos y temblorosos árboles oscuros, dirigiéndose fantasmales, como muertos caminantes, hacia la confusa masa negra que a lo lejos entenebrecía la

extraña lividez de penumbras solitarias del Oriente-, se alejaba lentamente abriendo surcos de agua al golpe de los remos.

Los cuatro jóvenes remeros, batallaban incansables haciendo volar la barca. La canoa favorita del abuelo, donde con el vaivén del agua, iba durmiendo tranquilamente en un vientre sereno un ser que no sabía del mundo por venir.

...más veloz, más veloz, bravos remeros, aún más prisa ¡más deprisa todavía! ¡Clavad los fuertes y largos remos en el fondo del canal; avivad, el vuelo de la barca, porque he prometido, a los dioses propicios a la felicidad, llegar pronto antes de que asome el grande y soberbio Tonatiuh... allá, cerca del alto Popocatepetl humeante y de la hermosa Ixtlacihuatl durmiente... !

*¡Oh! Así, mis infatigables amigos, leales servidores míos, devorad la superficie de las tenebrosas aguas, hasta que logremos arriba a Tenochtitlán, a mi mercado, donde mi soberano, y gallardo príncipe poeta, encontrará los palacios del valiente Ixcoatl, el de la macana tremenda...
Más veloces aún, ¡oh! Mis remeros ágiles, que si lográis salvar la vida veréis otro mundo.*

Ese día, contaba la abuela, el fuego de los comales no ardió ni los caldos se mezclaron con las verduras ni las carnes.

La langosta en el cielo, suspensa, justo al centro de la gran ciudad, se presentaba imponiéndose al mismo *Tonatiuh*.

Por días, esa mancha se quedó en el cielo, y el gran señor de Tenochtitlán sacrificó tantos esclavos como pudo. Caminaban los hombres ansiosos de, y a, su destino, sus caras erguidas y orgullosas por el camino que esperaba su caminar al sacrificio, y sabían sus cuerpos del destino final, y sus almas orgullosas de su holocausto se mostraban auroras sobre sus cabezas celestiales, y caminaban a su ofrenda ulterior...todo aquello para calmar a los dioses, y así; pedir por sus hijos, humildemente, el perdón de cualquier falta cometida.

Platicaba la abuela qué, los Caballeros Águila y Tigre salían con sus mejores galas en busca de ofrendas y regresaban con las manos vacías sacrificándose, al final, ellos mismos. Todo aquel año XXII Casa, fue en los labios de las gentes, y el alboroto general se sentía más en el *tianguis* que en otro lugar de la gran ciudad.

Habíase ya acostumbrado la gente a ver aquella herida de *Tonatiuh*, cuando una tarde; el mercado se tornó en un gran alborozo con gente corriendo y gritando; “está en llamas”. La abuela preguntó a unos que pasaban lo que sucedía y ellos respondieron ; “el Tlacateccan” (la casa de mando de Hitzilopochtli) se encendió por su propia cuenta.

Para cuando mi abuelo llegó al lugar, las columnas ardían y salían llamas que llegaban al mismo cielo, buscando y queriendo alcanzar las llagas de *Tonatiuh* y con su fuego suturalas. Todos los que podían, y los que no; ayudaban inútilmente tratando de apagar el fuego, pero las llamas eran mas fuertes que el poder de lo hombres, y no fueron pocos los que quedaron como última ofrenda de aquella hoguera, atrapados entre las llamas de la casa y los pilares, que ardían llenos de la pesadas costras de sangre coagulada por los años de sacrificios. Parecía que el agua servía más de alimento que de muerte a las llamas, el olor a sangre y fuego se unía al estruendoso vocerío que a univoz gritaba: “*mexicanos vengan deprisa; traigan sus cántaros...*” se perdían las voces y los gritos entre los llantos de las mujeres, que venían con su sentido práctico, muy femenino, que todo esfuerzo era, y sería inútil.

Era la ceremonia de *Hueytecuilhuitl*, la gran fiesta de los señores, y la abuela preparaba las jicaras y platos para servir las comidas del día. Ese día, siguiendo la costumbre, se distribuían acopios entre gente. El abuelo estaba preparando uno de sus largos viajes y había apartado los víveres que, como un padre que alimenta a sus hijos, entregaría al pueblo antes de iniciar su viaje.

La noche anterior, había hecho sus ofrendas a *Xiuhteculi*, dios del fuego: el más temido de todos sus

dioses.

Contaba la leyenda qué; fue una pareja, un hombre y una mujer, los que inventaron el fuego, y cuando lo hubieron hecho se dedicaron a asar peces para comerlos; pero los dioses se indignaron por la osadía que habían tenido de descubrir el fuego sin su consentimiento, y los castigaron convirtiéndolos en perros.

El abuelo temía mucho al dios del fuego, porque sabía que el primer hueso de su sangre, había osado usar el fuego sin el consentimiento de los dioses, y había desaparecido, quizás convirtiéndose en perro. En la madrugada, a la salida del sol, había hecho su ofrenda de papeles santos, atándolos a una asta roja los había ofrecido solemnemente a *Tlateculi*, dios de la abundancia, y por último a ; *Zacatzonti* y *Tlacotzontli*, dioses del camino. Reuniendo cuidadosamente todas las cenizas de sus ofrendas, y sin mezclarlas, ni con otras cenizas vulgares ni con la tierra del suelo, buscó un lugar en la casa y sublime, en un hoyo hecho especialmente para ser propósito, las enterró. Todo estaba preparado: las mantas de algodón, las almendras de cacao y las no pocas plumas de ánade llenas de polvo de oro, estaban ya atadas a su espalda.

Los *naoaloztomecas*, con sus cabezas recién afeitadas y sus cacxtles sobre sus espaldas, colgados de la frente con bandas de cuero, tensas y con huella del tiempo, esperaban en el *tianguis* para integrar la caravana del abuelo.

Al llegar al lugar donde la abuela servía sus comidas, ya para sentarse a tomar de una jícara de líquido caliente, hecho con granos amargos traídos de Nautla y que él endulzaba con pedazos de piloncillo, ya fumar en silencio su caña llena de tabaco, se escuchó la algarabía de la gente que por las mañanas se reunía a comer tamales con *atolli*; el templo de *Xiuhtrcuhtli*, había sido herido por un rayo. Este templo era de paja, pero no por serlo, dejaba de ser uno de los principales edificios del templo mayor de Tenochtitlán. El abuelo se quedó pensando por un momento y dijo; “*el golpe del sol nos dice que el mundo pronto acabará*” y diciendo esto, se fue en busca de su caravana, y se marchó sabiendo que nunca más volvería a ver a la abuela.

Antes de marchar, platicaba la abuela, no llovía recio, sólo lloviznaba levemente, y mi abuelo regresó antes de irse, con un perro café claro, cobrizo, del mismo color de la piel de mi abuelo, y se lo entregó diciendo; te dejo éste perro para que te acompañe. Cuidalo como algo tuyo. Tiene que ser de éste color, porque al llegar el río, que algún día tendrás que atravesar, si llevas uno blanco se excusará diciendote: “*A mí ya me han lavado*” y no querrá acompañarte, mientras que si fuera negro te argüirá: “*no hay agua que me lave a mí*”.

Dicho esto, y entregado el perro, se despidió de sus compañeros Pochtecas.

Por la noche, camino a casa, la abuela escuchó el canto del *tocolotl* tres veces, y quien no sabe, que ese canto no es, sino señal más segura de muerte.

La abuela siguió con su rutina de preparar las comidas de cada fiesta, y las otras, que a diario servían de alimento a miles de gentes que venían de toda la región al *tianguis*.

Cada Xihuitl tenía 18 meses, de veinte soles cada uno; Coatl, Cuetzpallin, Calli, Ehecatl, Cipactli, Xochitl, Quiahuatl, Tecpal, Ollin, Cozacacuauhtli, Cuauhtle, Ocelotl, Acatl, Malinalli, Ozomantli, Itzquintli, Atl, Tochtli, Mozatl y Miquiztli, que se dividía en cuatro grupos de cinco soles cada cual, era el quinto sol en el que la abuela preparaba las comidas espeiales. Se contaban 18 veces de fiestas, dedicadas a los dioses, y la abuela pasaba las noches enteras preparando las comidas de esos días.

La suma de los meses, la colocación exacta de los astros en perfecta alineación, del mayor al menor, del más importante al más insignificante y del mayor al menor, del más importante al más insignificante y del que encaña al hombre hasta el que alberga a los dioses... cotilla de tiempo justa para la creación de un ser y su complemento. Dos sangres independientes en el propósito común de la

unión de sus cuerpos carnales, y al resultado de sus líquidos de vida divididos en dos hermanos de sangre que, en forma independiente, cada cual, en su propio medio, se preparaban a lo lejano... destinados en un momento sacro al ciclo maduro de la continuidad de uno de ellos, a ser séquito y recipiente usurpador de sangre perpetua entre el cielo y la tierra. Dos ideologías se aprestaban en el infinito, e inmenso destino de los dioses... todo preparado metódicamente para el inicio de su último juego, su postrero deseo de cambio ante los hombres de la tierra.

El lenguaje físico en que los dioses habían creado al ser humano se hacía más entendible. Todos los seres se habían creado en un solo fundamento y propósito de existencia. Sus partículas interiores eran iguales; la misma sangre, el mismo núcleo de pensamiento, el mismo sentir, amar, llorar, procrear y respirar, la misma fusión de los órganos, los dedos las manos, la nariz, los ojos, el corazón palpitante y el sentir de un algo superior...nadie nacía diferente, tampoco sin la unión de los cuerpos en forma física y , sin embargo; el tiempo había creado en su propio tiempo un espacio de individualidad compartida en todos los seres. Cada corpúsculo de cada ser vivo tenía en su interior un mundo de partículas que compartía en cada fracción de célula viva. Todo igual y todo en el mismo espacio de cuerpo. El mismo dolor, el mismo sentimiento, el mismo sufrir por el cariño a su crío, sus compañeros. los mismos dolores al punzar sus dedos. Los mismos sentimientos de ansiedad cuando el mundo presentaba ansioso todo igual; sólo el alma diferente. De entre millones de partículas, tres minúsculas y no visibles al ojo humano, sino al corazón y la mente de un sentir puro, se habían mantenido a esas células, personales y únicas, el sentir del que las llevaba en él. El deseo del bien y el mal, el deseo desentir cariño de otro ser humano y el deseo de ser un ente superior y eterno en un mundo lleno de seres que, al igual que él, eran humanos.

Nueve meses paralelos, en dos criaturas diferentes, habían sido plantados en dos tiempos de medida en un mundo fuera del orbe, y ahora, se enfrentaban en un terreno virgen y apercebido para su procreación... pero con una ansiedad idéntica.

El quinto sol empezaba a su largo caminar por la existencia de un pueblo. Ya principiaba el ciclo final de la creación humana y el motivo para la culminación del universo... la mezcla de dos razas en un solo predestinado ser.

Cada fiesta era muy importante, al pueblo y a los dioses, y el pueblo que había sido entregado en su fortuna a la adoración de cada uno de ellos, se reunía en grupos y se presentaba ante los otros con sus mejores ofrendas.

Y las fiestas eran nobles.

La de *Hueyto-zoztontli*, a los dioses la maíz:

en esta fecha la abuela, se sentaba y platicaba a todos los que querían escuchar del libro sagrado de sus antepasados, el *Popol-Vuh*, que decía como se habían creado los hombres.

Los dioses comenzaba diciendo:

Ometecutli y *Omecihuatl*, que eran los creadores del inicio y que del todo, incluyendo la nada que había existido antes que ellos, convencieron a *Chalchitlicue*, diosa de las aguas serenas, de que subiera al cielo y se convirtiera en el Sol. Al principio *Chalchitlicue* estaba renuente, pero al final subió. Entonces los dioses crearon a un hombre con sus huesos, pero lo hicieron tan chiquito y delgado que se les perdía entre las manos. Este hombre corría, corría pero no les hacía templos ni sacrificios a los dioses. Entonces *Chalchitlicue* se enojó con ellos, tanto qué; estalló y llenó el mundo de agua; y éste hombre se convirtió en pez; terminando así el primer Sol, y con él; la primera Vida...y el Sol, seguía a la mitad de su creación.

Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

